

logía en cuanto tal”, ya que invita a “dar razón adecuadamente de un Dios que es trascendente e inmanente a la vez [...] Trascendencia e inmanencia son dimensiones inseparables concernidas por la fe en el Dios creador” (81).

“Esperanza cristiana y fin del mundo” es el título del quinto capítulo. El autor trabaja en él a partir del triple significado de la palabra fin, 1) como plenitud, 2) como finalidad o sentido, 3) como acabamiento o término cronológico. Partiendo de este último significado el autor afirma que sin un “último día”, sin un “acabamiento cronológico”, “queda comprometida la esperanza cristiana”, “queda comprometido el mismo designio creacional, salvífico y plenificador de Dios que revela Jesucristo” (86). Según Noemi, es Pannenberg el que más claramente ha planteado “el imperativo que se le impone al teólogo cristiano de no disociar fin del mundo en cuanto plenitud y como término cronológico del mismo” (87). Ahora bien ¿hay que pensar el fin del mundo como aniquilación del mismo? Apoyándose en GS 39, el autor hace notar que “en este texto conciliar se especifica que lo que “pasa” o “acaba” (*transit*) no es el mundo sin más sino su figura afeada por el pecado” (89). Lo que esperamos los cristianos es un “más allá”, “pero precisamente del hombre y de su historia” (92). La

comprensión adecuada de este “más allá”, y, en definitiva, de la trascendencia, es la preocupación del autor: “Trascendencia no es simple negación de la inmanencia, sino fundamentación de la misma. Lo inmanente queda religado en su ser a lo trascendente” (94). Es en el Crucificado / Resucitado donde se nos da la clave para no disociar “plenitud y término del mundo y la historia del hombre”; en él se revela el Dios que ha sellado su compromiso “con la historia de la humanidad al identificarse con y hacerse historia concreta en la historia de Jesús” (97).

El último capítulo despliega esta idea al abordar el tema de “Jesucristo. Contenido y criterio hermenéutico de la esperanza cristiana”. Jesús-Cristo, “esperanza nuestra” (1Tim 1,1; Col 1,27) “es el objeto, es aquello que un cristiano espera”. Pero esta índole personal de la esperanza cristiana no implica reducirla al ámbito de lo privado o parcial, “dado que es una esperanza en Jesús como Señor de todos los hombres y de todo el hombre [...]. Personal significa, por lo tanto, esperanza dependiente de otra persona, de Jesucristo” (102). Aclarado este punto, el autor desarrolla “tres dimensiones básicas de la esperanza cristiana: es concreto-universal, es crónica y comporta la verificación de la libertad de Dios en la humana” (103). El capítulo, y con él el libro,

se cierra con una reflexión sobre las condiciones “existenciales” y “proexistenciales” de credibilidad de la esperanza cristiana. En ella se pone en juego la relación fe-esperanza-razón, a través de la cual el dogma cristiano se expone-a y se vincula-con lo humano y lo cósmico. El autor, apoyándose en Kasper, sostiene que “el significado peyorativo de dogma y dogmático está condicionado por un olvido o alienación del carácter evangélico y personal del mensaje cristiano” (110). Por el contrario “el concepto católico de dogma, cuando no se objetiva polémicamente en atención unilateral a lo que es el contenido de la fe (*fides quae*), sino que asume la dimensión subjetiva (*fides qua*) que le confiere el estatuto integralmente teológico de verdad de salvación, entonces implica una apertura, queda abierto” (112), y entonces “el enunciado dogmático se sostiene sólo como vehículo de un acontecimiento entre el creyente y la persona de Jesús, que es la “cosa” que lo origina y lo termina” (113). El tema se complementa con la descripción de la situación de los sujetos interpelados “por la credibilidad de la esperanza cristiana” en el contexto de la actual situación cultural de Chile, concluyendo con una reflexión que relaciona paradoja, inmanencia y trascendencia.

FERNANDO ORTEGA

---

ARMAND PUIG, JESÚS. *Una Biografía*, Buenos Aires - Edhasa - 2006; 662 páginas + 16 páginas de ilustraciones.

---

Desde los últimos años del siglo XVIII se ha venido planteando de distintas maneras la pregunta sobre el Jesús de la historia. Los cuestionamientos y las respuestas se han presentado con diversas características. Por esa razón se habla actualmente de las “tres investigaciones”.

La primera de ellas, conocida como “*Antigua o Primera investigación*”, comprende los estudios realizados en Europa a partir de la publicación de escritos de Hermann Samuel Reimarus (1778). Esta primera investigación fue de carácter más bien teológico. Nacida bajo el influjo del Iluminismo y dominada por el racionalismo, se caracterizó por su actitud completamente negativa ante el cristianismo. Sus conclusiones llevaban a afirmar que la imagen de Jesús transmitida tradicionalmente no respondía a la realidad histórica y por lo tanto, no era digna de fe. Más aun, Bruno Bauer llegó a afirmar que nunca existió un personaje histórico llamado Jesús. En conclusión, se llegó a diferenciar entre el “Jesús histórico” y el “Cristo de la fe”, como dos sujetos totalmen-

te independientes el uno del otro. Los evangelios han ocultado (o falseado) la imagen del Jesús histórico porque en su lugar han presentado al Cristo de la fe.

Rudolph Bultmann se volcó totalmente al “Cristo de la fe”, dejando bajo un manto de escepticismo todo lo referente al “Jesús de la historia”. Los Evangelios han sido escritos desde la fe en Jesucristo, y por eso no hablan de lo que Jesús hizo y dijo, sino de lo que la primitiva comunidad creía acerca de Él.

En 1953 Ernst Käsemann dio comienzo a una segunda etapa en la investigación sobre el Jesús histórico, que será conocida como “*Nueva o Segunda investigación*”. Objetó que el cristianismo se fundara solamente en el “Cristo de la fe”, porque de esa manera se caía en el docetismo. Aun cuando se admita que los Evangelios fueron escritos desde la fe en Jesucristo, esto no significa que están desprovistos de todo valor histórico. Estos elementos históricos se deben buscar principalmente en las palabras puestas en boca de Jesús. E. Käsemann abrió una nueva corriente de investigación que tuvo como su principal centro de interés la predicación de Jesús y trató de elaborar los criterios para discernir las palabras auténticas de Jesús contenidas en los Evangelios. En líneas generales, la “*Nueva investigación*” se ha caracterizado por dar poca o ninguna importan-

cia a los hechos de Jesús, y en preocuparse casi exclusivamente por sus enseñanzas, porque en ellas se descubre una continuidad entre la persona misma de Jesús y el Cristo predicado por la Iglesia.

En las dos últimas décadas del siglo XX se hizo presente, predominantemente en el mundo anglosajón, una nueva ola de estudios sobre Jesús, que se designa como la “*Tercera investigación*”. No parte de presupuestos *teológicos*, como la primera, ni trata de establecer cuál fue la predicación de Jesús a partir exclusivamente de estudios *literarios* de los textos evangélicos, como la segunda. Esta ola se originó dentro del interés por el judaísmo de la época neotestamentaria que se produjo a partir de los descubrimientos de Qumrán, y se caracteriza por desarrollarse con métodos propios de la *historiografía*. Situando a Jesús dentro de los parámetros del judaísmo de su tiempo, los investigadores se preguntan por lo que Él quiso decir y hacer, y por lo que significó su predicación y su actuación para sus contemporáneos.

Para responder a estos interrogantes, es necesario preguntarse por las fuentes que se utilizarán para llegar a conocer al “Jesús de la historia”, y con qué criterios se discernirá lo que es histórico de lo que no lo es. Hasta esa fecha se habían venido utilizando exclusivamente –en mayor o menor medi-

da– las fuentes canónicas, es decir los evangelios sinópticos y esporádicamente algún texto del evangelio de Juan. Muchos de los investigadores de la “*tercera investigación*” dejan en un segundo lugar o simplemente descartan los evangelios canónicos, de una manera especial el Evangelio de Juan, porque no los consideran fidedignos desde el momento que pertenecen a una fase en la que la imagen de Jesús ha sido tergiversada por la superposición del “Cristo de la fe”. Recurren entonces a otras fuentes, como son las reconstrucciones de fuentes hipotéticas (como por ejemplo “Q”, o el “evangelio de la cruz” de Crossan), los escritos cristianos sectarios (los “apócrifos”, particularmente el *Evangelio de Tomás*, la biblioteca gnóstica de Nag Hammadi, etc.), y otorgan un lugar destacado a los manuscritos de Qumrán. Algunos autores llegan a utilizar también los dichos sobre Jesús que aparecen en los textos rabínicos.

Armand Puig i Tàrrach, Doctor en ciencias bíblicas, Decano de la Facultad de Teología de Cataluña y Profesor de Nuevo Testamento, ofrece un voluminoso estudio sobre el Jesús de la historia encuadrado en la *tercera investigación*. La obra, escrita originalmente en catalán (Proa-literaria, 2004), fue traducida rápidamente a varias lenguas. La versión española apareció en España (Ediciones Destino, 2005) en

traducción de David Salas Mezquita, y ahora es editada también en Argentina por la Editorial Edhasa.

Sorprende al lector que a la versión española de la obra se le haya puesto como título: *Jesús. Una biografía*. Es sabido que con los datos extraídos de los Evangelios y otras fuentes no se reúne material suficiente como para componer una “biografía” de Jesús. El título de la edición original en catalán es menos ambicioso: “*Un perfil biográfico*”, y estos son los términos con los que el autor se expresa cautamente en el libro, y también en otras publicaciones.

La parte central de la obra está estructurada en cinco partes. En la primera se presentan las fuentes cristianas y no-cristianas de las que se dispone para realizar un estudio sobre el Jesús de la historia. La segunda parte está dedicada a mostrar el contexto geográfico, social y religioso dentro del que se movió Jesús. En la tercera parte se estudia el personaje: su entorno familiar, sus discípulos, su nacimiento, formación e itinerario de su vida hasta las vísperas de la pasión. La cuarta parte traza las líneas más importantes de su mensaje: Dios, el Padre y su Reino. Finalmente, en la quinta parte se describen los acontecimientos de la pasión, muerte y resurrección del Señor.

El libro, escrito en un lenguaje claro, y sin notas eruditas al pie de página, se dirige al gran público

creyente y no-creyente que hoy se pregunta: ¿quién fue Jesús? ¿Cómo fue visto por sus amigos y por sus adversarios? ¿Sus enseñanzas siguen teniendo valor? Para responder a estos interrogantes, el autor combina –como lo propone en el Preámbulo– “la investigación histórica, el análisis exegético y la reflexión espiritual” (15). Las fuentes que se consideran válidas para realizar este estudio del Jesús de la historia serían seis: el material “Q”, el evangelio de Marcos, las fuentes propias de Mateo, las fuentes propias de Lucas, el evangelio de Juan (“víctima de un olvido excesivo en la *Primera* y la *Segunda investigación*”, pág. 17) y el núcleo original del *Evangelio de Tomás* (39). En el transcurso de la obra, Armand Puig recurre también, unas veces como fuente y otras simplemente dato ilustrativo, a textos del *Evangelio de Tomás* (242; 321; 354; 357; 471; etc.), del *evangelio de Pedro* (para los relatos de la pasión, cf. 546; 577; 579; 584; 585; 587; etc.), de los *Hechos de Pedro* (466), y de las *Homilias Pseudoclementinas* (332).

Como es característico en los estudios sobre el Jesús de la historia encuadrados en la *tercera investigación*, se comienza con una detallada descripción del ambiente en el que vivió Jesús, para que el lector perciba el sentido que sus palabras y sus gestos tenían en ese contexto, y la reacción que podían

provocar en los primeros testigos. Queda muy bien presentada la situación social y religiosa de Galilea en tiempos de la predicación de Jesús. Con datos extraídos de la arqueología, la historia y los documentos judíos y paganos, se ofrece el correcto marco para encuadrar la predicación y la actuación de Jesús. Frente a la variada galería de imágenes de Jesús que ofrecen los investigadores encuadrados dentro de la *tercera investigación*, preocupados a veces por desvincularlo del ambiente judío, Armand Puig opta acertadamente por mostrarlo como un rabino itinerante, pero un rabino singular, que no está adherido a una escuela ni a un santuario de curaciones milagrosas, pero que está abierto a todos los que lo quieran escuchar, varones y mujeres, y acepta a justos y pecadores (234), que provoca malestar entre los demás rabinos (282). Al gran público que hoy se ve invadido por diferentes imágenes de Jesús que surgen de la fantasía, de argumentos que pretenden ser históricos o que responden simplemente a las elucubraciones del primero a quien se le ocurre hablar del Señor, Armand Puig intenta presentar a Jesús tal como surge de las fuentes históricas rigurosamente utilizadas.

Aunque la crítica histórica es el instrumento fundamental que utiliza A. Puig para elaborar este “perfil biográfico” de Jesús (15), él

no se encierra en el minimalismo de los que pretenden extraer de los textos evangélicos lo que es estrictamente histórico, desechando los aportes de la fe de los primeros cristianos. Así como Jesús no se entiende al margen del judaísmo de su tiempo, tampoco se entiende desvinculado de la fe de sus discípulos. Armand Puig tiene especial cuidado en no volver a caer en el error de separar el Jesús de la historia del Cristo de la fe. Ya los evangelistas se preocuparon por mostrar, y lo hicieron de una manera muy clara, que el Jesús de la historia es el mismo Cristo de la fe. “... el estudio crítico de las fuentes muestra que no puede haber una aproximación a Jesús al margen de los evangelios... ni al margen de la comunidad primitiva... (21-22)”.

Este es uno de los méritos principales de la obra de A. Puig, y lo que la hace ampliamente recomendable. El público, tanto el creyente como el no-creyente, tiene en este libro una presentación de Jesús encuadrada en la historia de su tiempo, rigurosamente documentada, y al mismo tiempo fiel a lo que los primeros testigos –que vieron en Él al Hijo de Dios– transmitieron a las generaciones venideras, y más tarde quedó documentado en los escritos de los Padres de la Iglesia.

Si con respecto a la figura de Jesús y a su predicación el libro es

valorado positivamente, se pueden emitir algunos reparos con respecto a la forma en que se tratan los datos históricos que se pueden extraer del texto de los evangelios.

Las dimensiones del libro impiden tratar a fondo todas las cuestiones y mostrar todos los pasos de una investigación. Armand Puig advierte a sus lectores que “un libro de estas características... no puede debatir a fondo la gran cantidad de temas que rodean a la figura de Jesús. A menudo, se debe limitar a los resultados y a las conclusiones...” (15). Debido a esta necesaria limitación, quien lee con ojos críticos la obra presente, más de una vez se pregunta por las razones en las que se habrá fundado el autor para hacer ciertas afirmaciones o adoptar ciertas posturas, cuando está en desacuerdo con ellas.

Por esta razón, admitiendo que el autor debe haber tenido sus razones, y manteniendo la valoración positiva de esta obra, no se pueden dejar de señalar algunos puntos con los cuales el autor de estas líneas no está completamente de acuerdo.

Llama la atención que A. Puig, que demuestra ser un hábil investigador que conoce y valora adquisiciones que se podrían llamar “avanzadas” en los estudios bíblicos (por ejemplo su postura ante el concepto de historia, o el recurso a ciertos textos del *Evangelio de Tomás*), en otros momentos pa-

rece adherido a posiciones que hoy ya se considerarían superadas o por lo menos no compartidas por los demás comentaristas, o cede con facilidad ante datos extraídos de apócrifos de dudosa credibilidad.

También es sorprendente que dedique espacio a discutir cuestiones como la edad que tendría José en la época en que contrajo matrimonio con María, o la edad de cada uno de los llamados “hermanos” de Jesús (176-177), siendo así que los datos seguros como para elaborar una hipótesis son casi inexistentes.

Armand Puig deja de lado la presentación del ministerio de Jesús en un año que aparece en los sinópticos, y opta por el esquema desarrollado en tres años que ofrece el evangelio de Juan. A partir de allí, presenta así una “vida de Jesús” con precisiones muy llamativas (Jesús fue bautizado a comienzos del año 28, en invierno, tres meses después que Juan Bautista comenzara su predicación (210); Juan Bautista es detenido en junio del año 28 (216; 223) en ese mismo mes de Junio del 28 se produce el encuentro de Jesús con la mujer samaritana (294); etc.). Parecería, más bien, que el esquema del Cuarto Evangelio no es de carácter estrictamente “biográfico”, sino temático. Su desarrollo “progresivo” indica que su orden responde a un interés didáctico, y que no se puede tomar como inspirado por la fidelidad a una cronología.

Dentro de la trama que le ofrece el cuarto evangelio, se van intercalando hechos y dichos de Jesús que se encuentran diseminados por los otros tres evangelios y que muchas veces no se concilian fácilmente con el marco joánico y el material propio de este evangelio. Pareciera que no se tiene en cuenta la peculiar óptica de cada uno de los evangelistas, y esta versión “unificada” se consigue eliminando unos aspectos de los textos y privilegiando otros. La reconstrucción de los sucesos de la pasión, y en particular de los que tienen lugar en el Calvario, en la obra de A. Puig se presenta como el resultado de la suma de datos aportados por los evangelios canónicos y el apócrifo *Evangelio de Pedro*, dejando en la penumbra la perspectiva teológica de cada uno de ellos. Un defecto que ya se había percibido en el *Diatessaron* de Taciano y en las ediciones de *Los Cuatro Evangelios en uno* de fecha más reciente.

Se reconoce que muchas frases que en los textos aparecen como dichas por Jesús responden más bien a redacciones de los evangelistas, pero con frecuencia se descubre una tendencia a asumir como “biográficos” algunos datos que responden más bien a la elaboración que el evangelista o su fuente han hecho con intención teológica. (Que durante la tempestad Jesús esté durmiendo en la barca

[Mc 4, 38] ¿es un detalle biográfico o es una referencia a Jonás 1, 5? ¿La vestimenta de Juan Bautista es un dato que se debe tomar literalmente, o es una asimilación a 2Re 1, 8? La lista de pueblos de donde son originarios los testigos de la escena de Pentecostés ¿se debe tomar como una crónica precisa, o responde a las intenciones del autor del libro de los Hechos? Y otros datos semejantes).

Ante la cuestión de los ‘hermanos’ de Jesús mencionados en el Nuevo Testamento, A. Puig se mantiene en una posición coherente con la convicción general entre los católicos de que María tuvo un solo hijo que es Jesús, y que los llamados ‘hermanos del Señor’ son hijos de otra madre (166-177). Por esa razón rechaza la interpretación de Tertuliano, que decía que tanto Jesús como sus hermanos eran hijos de María y José. A. Puig le quita valor a esta afirmación porque Tertuliano la hace “en un contexto de controversia y de argumentación teológica” (173), un argumento que parece insuficiente para rebatir una opinión. Pero tampoco admite que por ‘hermanos’ se deba entender que son parientes o primos del Señor, como explicó san Jerónimo y se sigue repitiendo de manera casi ‘mecánica’ entre los católicos (¡y aun en el *Catecismo de la Iglesia Católica* n. 500!). A. Puig sostiene, en cambio, que José era viudo cuando se casó con Ma-

ría, y que los varios hijos e hijas que tenía de su matrimonio anterior son legalmente ‘hermanos de Jesús’. Para llegar a esta afirmación, asume como válida esta noticia que aparece documentada en apócrifos de finales del siglo II provenientes de Siria. Los datos más explícitos están en los apócrifos *Protoevangelio de Santiago* y la *Narración de la infancia de Jesús atribuida a Tomás*. Es verdad que el argumento de san Jerónimo no es totalmente convincente, ya que no hay ejemplos de que en la época del Nuevo Testamento la palabra ‘hermano’ fuera usada con el sentido de ‘pariente’. Pero tampoco es convincente la narración de los apócrifos de Siria, porque estos presentan narraciones a veces inverosímiles, con la intención apologética de salvaguardar la virginidad de María en el nacimiento de Jesús. Por esa razón, para descartar toda intervención de José en la concepción de Jesús, además de decir que era viudo y con hijos, añaden que no era esposo de María sino ‘custodio’, y que era anciano (¡alguno llega a decir que tenía noventa años cuando María tenía quince!).

Se repite con cierta insistencia que Jesús cumplía cuidadosamente los ritos judaicos de purificación (495; 500; 508; 539). Esto se podría cuestionar, porque los textos evangélicos no lo dicen explícitamente, y tampoco dejan lugar

para suponerlo. Al contrario, en Mc 7, 14-23 y en el *Papiro Oxi-rinco* 840 se recoge la tradición de que Jesús se mostraba muy libre con respecto a ellos.

Sorprende que se admita sin dificultad que el “discípulo amado” es el apóstol Juan (260; 527; 578; 592; 600), que Natanael es el mismo que Bartolomé (129; 211; 215; 385), y que María Magdalena es la prostituta arrepentida (244; 249; 387; 422), identificaciones que hoy no serían del agrado de la mayoría de los comentaristas. Se afirma que los cinco hijos de Matatías se llamaban “Macabeos”, cuando en realidad este era sólo el apodo de Judas (91). Igualmente, lugares geográficos que por lo general se tienen como desconocidos, se dan con una ubicación precisa como fácilmente identificables (Betania del otro lado del Jordán, págs. 202; 215; 292; Ainón, págs. 216; 223; 293; Efraim, pág. 305)...

Se podría continuar con los ejemplos, pero es más que suficiente con estos.

En la cuidadosa edición se han deslizado algunas erratas, como sucede frecuentemente a pesar del esfuerzo de los correctores. Se señalan algunas:

En la pág. 105 (2 línea desde abajo), habría que leer “se instaló” (y no “no se instaló”).

En la pág. 122 (línea 11), habría que leer “instigación” (y no “investigación”).

En la pág. 258 (línea 8), es “de Betsaida a Cafarnaún” (y no “de Betania a Cafarnaún”).

En la pág. 293 (línea 29), es Juan 3,22 (y no 4,22).

En la pág. 432 se debe remitir a la figura 13 (y no a la 4).

En la pág. 471 (línea 3 desde abajo) se debe leer “siervos” (y no “libros”).

En la pág. 608, línea 7, se debe leer: “...que se quiere manifestar. Una visión, en cambio...” (y no “... que se quiere manifestar; una visión. En cambio...”).

Dejando de lado los puntos señalados más arriba, que en todo caso podrían ser discutibles y que se refieren más bien al entorno de Jesús, se debe reconocer que la obra de A. Puig i Tàrrach viene a responder satisfactoriamente a una necesidad de esta época, en la que se requiere que un investigador serio, después de analizar los documentos históricos, presente ante el gran público un Jesús fiel a los datos de la historia, y que al mismo tiempo responda a los que se preguntan si sus enseñanzas siguen teniendo valor para los hombres y mujeres de hoy.

LUIS HERIBERTO RIVAS